

pidió que le dejasen hacerse talapuzo ó sea ministro de sus ídolos, y el gefe principal de la insurreccion accedió. Cortóse pues el rey sus cabellos, vistió el traje de su nuevo estado, y dejó entrar en palacio á los sitiadores. Dióse aviso de este suceso á los dos principales mandarines del reino, que en aquel momento estaban haciendo la guerra, y al instante enviaron destacamentos, que habiendo llegado á la capital, desnudaron al rey de sus vestidos de ministro de los ídolos, y le cargaron de cadenas. De allí á pocos días llegaron á Siam los dos mandarines que habian dictado esta providencia. Estos eran dos hermanos, y el mayor que era primer ministro, fué proclamado en el acto rey por todo el pueblo. Al ex-rey juntamente con su hijo, hermanos, sobrinos y principales ministros se les quitó la vida en 7 de abril de 1782. Antes de la llegada del nuevo rey, los oficiales que habian amotinado el pueblo, descontentos de la resistencia hecha por los cristianos que estaban de guardia en palacio, encarcelaron á varios de ellos. El monarca destronado se interesó por ellos; pero nada impidió que el populacho saqueara el barrio donde vivian los cristianos. La iglesia fué enteramente despojada de sus vasos sagrados, ornamentos, etc., y esto fué lo que por parte del mundo ganaron los fieles por la fidelidad con que con su sangre habian defendido á un rey que tan bárbaramente les habia perseguido. El nuevo monarca los mandó poner en libertad, y eximió á los soldados del juramento supersticioso, que habia dado lugar á las últimas persecuciones; pero no eximió de él á los mandarines cristianos.

En todas estas regiones del Asia era preciso derribar la idolatría de los indígenas para establecer sobre sus ruinas el reinado de la verdad católica. En las comarcas de la América septentrional, que en la actualidad componen el pais llamado de la Union, el catolicismo tenia que combatir principalmente con

la heregía y el espíritu de secta. Los primeros colonos de estos vastos dominios de Inglaterra eran anglicanos y presbiterianos, que en su emigracion conservaban una obstinada adhesion á los errores de sus padres. Entre ellos habia muy pocos católicos, y solo en Maryland era en donde podian contarse como mayoría.

La Religion católica habia penetrado en Maryland con sus primeros colonos en tiempo del desgraciado Carlos I, rey de Inglaterra (1). Este monarca concedió esta provincia á lord Baltimore, para que sirviese de asilo á los católicos que fuesen huyendo de la severidad de las leyes penales, que por falta de firmeza ó de poder no se atrevia él á dulcificar. Gran número de católicos de toda edad y condicion salieron de Inglaterra é Irlanda, y pasaron á aquella nueva colonia, esperando hallar en ella el reposo que su patria les negaba. La persecucion les siguió aun mas allá del mar Atlántico, privándoles en aquellas tierras, apenas desmontadas, del dulce fruto de su trabajo, y quitándoles con el mayor desearo todos los puestos útiles ú honrosos en aquellas mismas colonias que ellos habian fundado. Aun hizo mas el espíritu de intolerancia; pues quiso arrebatar á los infelices espatriados todos los consuelos religiosos. Alejó á sus pastores y les obligó á mantener en su lugar protestantes, pero como la fé se nutre en las contradicciones y se fortifica en las calamidades, cuantos esfuerzos intentaron para destruirla en Maryland fueron inútiles, y todos los medios de persecucion á que recurrieron, no sirvieron mas que para multiplicar las victimas y los mártires, y hacer mas amable la verdad á sus adoradores.

El P. Andres Withe, jesuita inglés, varon de celo y piedad eminentes, habia acompañado en 1632 á los primeros colonos, y desde aquella época, hasta la última revolucion americana

(1) Jauffret. *Mem. para la Hist. de la Religion á fines del siglo XVIII*, t. 2, p. 396-404.

na, la iglesia católica de Maryland y Virginia fué gobernada por los misioneros enviados sucesivamente de Inglaterra y pertenecientes tambien en su mayor parte á la Compañía de Jesus.

En 1720 el P. Grayton, ayudado de algunos otros religiosos, predicó la fé católica en Pensilvania, provincia habitada principalmente por cuákaros, y sus trabajos no fueron estériles. Pero la época mas favorable para el aumento de la verdadera Religion en aquellas vastas regiones, fué la de la nueva constitucion americana, en la que fueron abolidas las leyes penales antiguas y se permitió á los misioneros predicar y enseñar públicamente la sana doctrina.

Hasta entonces aquellos paises habian sido administrados en lo espiritual por un vicario apostólico, y este puesto estaba entonces confiado al doctor Carroll, jesuita, que por su celo y cualidades se hacia generalmente apreciar. Despues de la paz de 1783 se creyó que habia llegado el momento de dar mas estabilidad y decoro á la Religion católica, y mas magestad á su culto. Podia suscitarse una nueva guerra entre la Inglaterra y los Estados-Unidos; y por otra parte, el número de fieles era ya bastante considerable para dar lugar á la ereccion de un obispado. Recurrió, pues, el clero de los Estados-Unidos al Papa solicitándolo, y el Congreso, á quien habian advertido del paso que iba á dar, lo aprobó y apoyó. Pio VI acogió la proposicion con el gozo de un padre, que á veces con la piedad filial de sus hijos menores se consueta de los disgustos que le causan sus primogénitos. Nombró una comision de cardenales de la congregacion de *Propaganda fide* para examinar este asunto, y en 12 de julio de 1789 se espidió un decreto aprobado por el Papa, mandando que todos los sacerdotes, que ejercian ministerio en los Estados-Unidos, se reunieran para decidir en qué ciudad convendria colocar la sede episcopal, y cuál de entre ellos seria

el mas á propósito para ocuparla. Este privilegio les fué concedido como una gracia sin ejemplar para lo sucesivo. Reunieronse y quedaron acordes en que el obispado debia establecerse en Baltimore, tanto porque esta ciudad estaba situada en el centro del pais, como porque en ella habia mas católicos que en ninguna otra. Por lo tocante á la eleccion de prelado, veinte y cuatro votos de entre veinte y seis votantes convinieron en que lo fuese el doctor Carroll. La Santa Sede se conformó con el deseo de estos misioneros, y en 6 de noviembre de 1789 espidió el Santo Padre una bula erigiendo en Baltimore una silla episcopal para todo el territorio de los Estados-Unidos y nombrando para ella al doctor Carroll. Este pasó en el acto á Inglaterra para ser consagrado, habiéndole precedido la fama de su mérito. Compréndese cuán grata debia ser su llegada para el clero y fieles de la iglesia de Lóndres, y sobre todo cuán glorioso y de triunfo fué el día de su consagracion para aquellas gentes. Carlos Walmesley, obispo de Rama, decano de los vicarios apostólicos de la Religion católica en Lóndres, presidió la ceremonia de la consagracion el 15 de agosto de 1790 en la capilla del palacio de Ludworth.

Nada se omitió de cuanto pudiera contribuir á la solemnidad de tan augusta ceremonia. El obispo consagrante y el electo estuvieron acompañados de sus respectivos asistentes, sacerdotes y clérigos, con arreglo al ritual romano. El altar estaba decorado con tanto gusto como magnificencia, y todo se reunia para causar en el ánimo aquellas impresiones profundas que jamás se borran. La concurrencia del pueblo fiel, la edificacion del clero, el canto de los salmos, la presencia del venerable misionero, de aquel primer pastor de los paises septentrionales del Norte de América, que venia á recibir la mision del Vicario de Jesucristo, para trasmitirla en seguida á una nueva generacion de pontífices;

la autenticidad de esta mision, de la que todos los fieles presentes eran, por decirlo asi, otros tantos testigos en nombre de las iglesias de Maryland y Pensilvania; todo en fin, se reunia en aquella angusta ceremonia para elevar al cielo la mente de los fieles y comunicarles sublimes afectos. Y mientras que tantos objetos á la vez penetraban todos los ánimos y corazon con la magestad de nuestra santa Religion y de su soberana belleza, la palabra de Dios vino á añadir sus delicias y su instruccion á estos sentimientos celestiales. En el momento mismo de la consagracion, y en medio del mas profundo recogimiento de los concurrentes, resonó la voz de un ministro de Jesucristo.

«Despues de haber vencido, dijo, por el triunfo de la cruz á las potestades del infierno, formóse nuestro divino Redentor sobre la tierra un reino compuesto de elegidos de todas las naciones que Él ha hecho suyas por derecho de conquista. El sol de Justicia que apareció en el Oriente, debe iluminar en sus progresos todas las regiones del globo; y el reino de Jesucristo, la Iglesia, bajo el gobierno de su Vicario y de sus primeros pastores, debe abarcar todos los límites del universo. Los siglos han sucedido á los siglos, los imperios á los imperios; pero el reino de Jesucristo siempre ha sido el mismo, siempre ha conservado su unidad; nunca ha dejado de ser perseguido, pero siempre ha salido triunfante. Todas las revoluciones humanas, lejos de perjudicar á su gloria, han contribuido á engrandecerla. Todo parece anunciarnos que en el gobierno de todas las cosas de este mundo, la formacion del reino universal de Jesucristo es el objeto final de las disposiciones de la Providencia. ¿Ha sido nunca mas palpable esta verdad que en el último desmembramiento del imperio de la Gran Bretaña, cuando la mano del Omnipotente se valió de violentas conmociones para dar existencia á un nuevo imperio, para crear

en la América del Norte una potencia, cuyos destinos, asi nos atrevemos á esperarlos, serán el tierno y continuo objeto de su benevolencia paternal? Guardaos, pues, hermanos míos, de no ver en este memorable acontecimiento mas que una obra de las pasiones humanas, cuando su mas precioso fruto ha sido la estension del reino de Jesucristo y la propagacion de la Religion católica. ¡Ah! Esta Religion estaba comprimida hasta entonces por leyes rigorosas: ahora ha sacudido ya sus cadenas, ha conquistado su libertad y desplegado toda la energía de la divina palabra. Ya se halla estendido el catolicismo por los confines de la inmensa América: millares de hombres piden ser instruidos en la verdad, y sin cesar anhelan por tener instructores católicos. Penetrados de respeto hacia la Santa Sede, centro de la unidad religiosa, todos los cristianos de aquellas dilatadas comarcas, reunidos en un mismo espíritu y un mismo corazon, han pedido al sucesor de San Pedro un obispo ortodoxo, cuyas luces y experiencia puedan establecer sólidamente la fé católica sobre las ruinas de todos los errores. Asi es tambien como nosotros en los pasados tiempos recibimos la fé y de la Iglesia romanapor S. Gregorio y su apóstol S. Agustin: asi es, como despues de un intervalo de doce siglos este venerable prelado, heredero de las virtudes y trabajos de San Agustin, debe en este dia por voto del sucesor de San Gregorio ser consagrado como primer Padre y primer obispo de aquella nueva Iglesia, heredera sin duda de las bendiciones que la ingratitud de los primeros no ha temido rechazar (1).

«Pero, hermanos míos; qué glorioso es este dia en que la Iglesia de Dios ve entrar nuevas naciones en su seno! ¡Qué glorioso es para el prelado electo que va á conquistar para Je-

(1) Alude en esto al cisma de la iglesia anglicana

»sucristo esas naciones, no con los esfuerzos del poder humano, sino por la sola eficacia de la palabra! Ningun recurso exterior de aquellos que imponen obediencia y sumision á los pueblos le acompaña; pero es poderoso por su piedad, poderoso por su celo, poderoso por su pobreza evangélica, y porque confia firmemente en la proteccion del que lo ha enviado. Dia glorioso tambien para la multitud de sus hijos espirituales, que tanto le aman por sus virtudes: dia de consuelo para los que le están unidos por los vínculos de la educacion, estado y amistad; pero sobre todo, hermanos míos, dia de eterna memoria será este para nuestra Iglesia particular, que en los siglos futuros será reverenciada por esta nueva generacion de iglesias que acaba de fundar en las regiones septentrionales de América, y que recordarán con acendrada gratitud este santuario dichoso y privilegiado en que su episcopado y su gerarquía tuvieron origen, etc.

El orador habló á continuacion de la festividad del dia, que era la de la Asuncion, y concluyó invocando la asistencia del Espíritu Santo y las oraciones de los fieles en favor del obispo que iba á ser consagrado. En memoria de este suceso, Carroll estableció la festividad de la Asuncion como fiesta patronal de su vasta diócesis.

El nuevo obispo partió á ocupar su Silla en la siguiente primavera, siendo precedido ó seguido de varios sacerdotes que quisieron asociarse á su apostolado para fundar un seminario en la ciudad episcopal, y educar bajo sus auspicios una generacion de pastores capaces de llevar á cabo sus vastos designios. Al frente de estos sacerdotes figuraba el abate Nagot, director del seminario de san Sulpicio en Paris. El celo de la gloria de Dios y la propagacion de la fé, le hicieron ir á Lóndres á ofrecer sus servicios á Carroll, quien los aceptó con la mayor gratitud. Habiendo por su parte aprobado la Santa Sede el establecimiento del nue-

vo seminario, el abate Nagot partió para instalarse en él juntamente con tres sacerdotes hábiles y piadosos, á los cuales se unió Mr. de Lavau, canónigo de Tours, y para dar principio, así que llegasen, á los ejercicios del seminario, se llevaron consigo cinco eclesiásticos, de los cuales dos eran americanos y dos ingleses.

Con arreglo á las intenciones del Soberano Pontífice, Carroll se ocupó en la celebracion de un sínodo, convocándole para el 27 de octubre de 1791. A él asistieron veinte y un sacerdotes, de los cuales siete eran jesuitas y cuatro franceses; los cuatro vicarios generales del obispo ocupaban el asiento inmediato al prelado (1). En este sínodo se vió tambien al antiguo ministro presbiteriano Thayer, que se convirtió en Roma con motivo de los milagros obrados en el sepulcro del venerable Benito Labre, y que, despues de haber recibido las sagradas órdenes, ejercía el ministerio en Boston, y predicaba la fé católica allí mismo donde otras veces habia anunciado el error. Todos los individuos del sínodo se trasladaron procesionalmente del palacio episcopal á la iglesia catedral de San Pedro. La reunion de tantos eclesiásticos vestidos con los ornamentos de su orden respectiva, la presencia del nuevo obispo, y la cruz llevada solemnemente en aquella ceremonia, era un espectáculo nuevo para un pais donde hasta entonces habia prevalecido el protestantismo; espectáculo que debia conmover al pueblo y que en efecto lo conmovió.

El obispo pronunció un discurso análogo á las circunstancias, despues del cual todos los individuos hicieron profesion de fé. En la segunda sesion, celebrada el 8 de noviembre, se redactaron estatutos sobre el bautismo, sobre el libro de las partidas bautismales y sobre la confirmacion. En la sesion inmediata,

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, pág. 191-192.

que tuvo lugar el mismo día por la noche, se trató del Sacramento de la Eucaristía, del decoro en las ceremonias, de la primera comunión de los niños, de las ofrendas, fábricas y traje eclesiástico. En la cuarta sesión, el 9 de noviembre, se ocuparon del Sacramento de la penitencia, recordando la necesidad de la aprobación para todos los sacerdotes, y prohibiendo que se establecieran en otros parajes que los que les fuesen asignados. Hay que advertir que algunos sacerdotes, especialmente los alemanes, creían poder pasar sin la institución del nuevo obispo. También se trató de la Estremaunción y del matrimonio, prohibiendo este entre protestante y católico. En la quinta sesión se arregló lo concerniente á las festividades, oficios, conducta de los eclesiásticos, su mantenimiento, sepultura eclesiástica, etc. Propúsose también escribir al Papa y pedir un coadjutor para el obispo, ó bien la creación de un obispado sufragáneo; y efectivamente, así se le pidió.

Las actas de este sínodo fueron enviadas á Roma para obtener la soberana aprobación. Carroll pidió además algunos poderes extraordinarios para los casos que no habían sido previstos. El Papa acogió favorablemente los votos del clero americano, aprobó las actas del sínodo, y de allí á poco concedió un coadjutor, que fué Leonardo Néale, jesuita, dándole el título de obispo de Gortyna *in partibus infidelium*. También confirió al obispo de Baltimore los poderes de legado é indulgencias, y manifestó aprobar la erección de su Sede en metrópoli, cuando lo requiriesen las circunstancias. Así iba tomando mayor consistencia en aquellas comarcas la Religión católica, robusteciéndose con la llegada de muchos sacerdotes europeos, obligados por las turbulencias de su patria á ir á ejercitar su celo á otras partes. Fundóse un colegio en Pigeon's Hill, en la Pensilvania, y otro en Georges-Town, en Maryland, que debía ser el plantel del seminario de Baltimore, así como este seminario

debía serlo del clero. En este último punto es donde residía el obispo de Gortyna y también había un convento de carmelitas.

Mas adelante volverá á ocupar nuestra atención el inmenso desarrollo que tomó la iglesia de los Estados-Unidos; pues por ahora tenemos que ocupar nuestra atención en los siniestros acontecimientos que trastornaron la Europa. Se habían sembrado en ella los vientos de las falsas doctrinas, y estaba ya en vísperas de recoger tempestades.

Un espíritu de ceguera y de vértigo se había apoderado de todas las córtes (1). Su vana política, burlándose de la experiencia de los siglos, apenas daba importancia alguna á la Religión en el arte de gobernar á los hombres. Los lazos que las unían á la Santa Sede les eran cada día mas indiferentes. Ni siquiera advertían la conexión que existe entre los principios religiosos y aquellos sobre que se halla fundada la autoridad de todo gobierno humano. El emperador de Alemania José II había dado el ejemplo de insurrección contra el poder espiritual; su hermano el gran duque de Toscana lo había imitado. Estos dos príncipes, seducidos por las lisonjas de sus cortesanos y devorados de la ambición de una vana celebridad, á nada menos aspiraban, para hacerse famosos, que á erigirse en reformadores supremos de la Iglesia como lo eran del Estado. José II, de un carácter envidioso, inquieto y turbulento, no podía sufrir obstáculo alguno en sus innovaciones. Prohibía á los obispos dirigir ninguna Instrucción pastoral á sus ovejas sin la censura de los comisionados régios: prohibía también recurrir á Roma para obtener dispensas: abolía conventos sin consultar mas ley que su capricho: con sus temerarias empresas sublevaba los Países-Bajos contra los tres órdenes ó estados de aquellas provincias: no tributaba al Papa mas

1) Jauffret. *Mem. para la Hist. de la Religión á fines del siglo XVIII*, t. 1, p. 103-112.

que un honor irrisorio, cuando el venerable Pio VI no se desdeñaba entregarse á las humillaciones que le esperaban en Viena, para prevenir mayores calamidades, ofreciendo por su parte todos los sacrificios que podían conciliarse con el bien de la paz y de la fé. Leopoldo, dotado de un carácter mas tranquilo, mas blando que su hermano, no quería avanzar tanto; pero se dejaba llevar de un obispo de Pistoya que, sin él advertirlo, le iba conduciendo al cisma y á la herejía, al mismo tiempo que las reformas minuciosas que salían de su consejo eran otros tantos actos arbitrarios contra la autoridad sacerdotal, y otros tantos anuncios del triste porvenir que se preparaba á la Religión.

El rey de Nápoles por su parte negaba á la Santa Sede el feudo sobre sus Estados, rehusando tributar una simple ceremonia de homenaje, sobre lo cual no hubiera sido prudente ni disputar siquiera, atendido el largo trascurso de los años, ni necesitando nadie mas que los reyes asegurar por medio de la prescripción la legitimidad de la posesión. El gobierno de este príncipe, como que en este asunto se dejaba conducir por un enemigo secreto de la Iglesia, parecía no olvidarse de nada de cuanto pudiera aumentar el escándalo, y esto le hacía ir aún mas allá de lo que deseaba.

El senado de Venecia no guardaba tampoco las mayores consideraciones hácia la Santa Sede ni á su Soberano Pontífice. Los mas jóvenes de sus individuos tenían una especie de orgullo filosófico en no tener ningun miramiento con Roma, y creían ser mas ilustrados patriotas, cuanto con mas acaloramiento declamaban contra sus mas legítimos derechos.

Génova no obraba contra el Papa, pero sus senadores no estaban libres de las preocupaciones anti-religiosas de aquel siglo. Su respeto á la Iglesia y á sus ministros iba debilitándose de día en día.

La corte de Turin era la mas edificante

del catolicismo; mas también se decía que sus príncipes no serían siempre estraños á la filosofía moderna. La indiferencia religiosa hacia menos prosélitos entre los señores piemonteses que vivían en sus posesiones ó á la vista del rey; pero se iba insinuando entre los ciudadanos ricos, y era fácil prever que la Francia no llegaría al colmo de su corrupción sin infestar á los reinos vecinos.

La corte de España defendía débilmente sus Estados contra el torrente de las nuevas doctrinas. La falsa filosofía empezaba á irse introduciendo lentamente en su seno. Rechazada de las universidades españolas, toda su esperanza era formarse en ellas secretamente discípulos. Con este objeto circulaba entre algunos individuos de la alta clase, en tanto que las escuelas de teología y hasta los mismos claustros se ocupaban en proliferas cuestiones sobre el jansenismo. Por lo demás así los españoles como los portugueses, á pesar de su relajación de costumbres, no habían dejado de estar fuertemente adheridos á la Iglesia católica; pero ambos pueblos debían resentirse aun por largo tiempo, ya en el interior, ya en sus inmensas colonias, del vacío que había producido en sus misiones estrangeras y en la educación pública la espulsión de aquella célebre Compañía, que con sus predicaciones y ejemplos les había conquistado en el Nuevo-Mundo países mucho mas vastos que los que estos pueblos poseían en Europa, y que de sus gobiernos no recibió otra recompensa que proscripción, cadenas y destierro.

Entretanto Pio VI seguía ocupando dignamente la Cátedra de San Pedro. Roma, bajo este Pontífice, se veía visitada por príncipes y grandes de todas las comuniones, y es de notar que cuando Pio VI tenía mas por que quejarse de los gobiernos católicos, parecía que los reyes de Prusia, de Suecia, la emperatriz de Rusia, los ingleses y los Estados-Unidos de América, querían con sus pruebas de estimación, respeto y consideraciones in-